

La clave

Miles de barceloneses se sorprendieron a las diez de la noche del martes cuando empezaron a escuchar el ruido de las cacerolas en los balcones. No tenían noticia de una protesta que fue convocada a toda velocidad vía Twitter y Whatsapp desde el momento en que se supo que el Tribunal Constitucional prohibía también el sucedáneo de consulta del 9-N. Una vez más, los activistas del soberanismo sorprendían al público con una movilización pacífica, ruidosa y contagiosa. Este último aspecto fue la clave del éxito de esa convocatoria de emergencia de la que solo estaban advertidos los seguidores de las redes sociales y de algunos medios digitales, es decir esa

El espíritu de la cacerola

JUANCHO
Dumall
DIRECTOR
ADJUNTO



capa social que se asocia con las tecnologías 2.0. Sin embargo, muchos fueron los que, tras el sobresalto inicial, se adhirieron puchero en mano a la expresión de descontento.

La astucia de los convocantes de las caceroladas de estos días ha consistido en elegir un recurso que evocaba a las masivas muestras de rechazo en marzo del 2003 contra la ocupación de Irak, de infausto recuerdo. Aquella experiencia, impulsada por el colectivo Aturem la Guerra, tuvo una extraordinaria respuesta en Barcelona, que sirvió para que cada manifestante se sintiera acompañado por un ruido que se extendía de balcón en balcón, de barrio en barrio. Una sensación de no estar solos frente a la injusticia.

La raíz del descontento

No es disparatado sospechar que en las caceroladas de estos días van a participar muchas personas no mo-

vidas por el puro independentismo. Hay también un descontento por la cerrazón del Gobierno central a facilitar una consulta democrática y pactada dentro de la legalidad. Y finalmente hay un hastío general por la corrupción, por el bloqueo político, por el paro, por la desigualdad, que también ha invitado a muchas personas a salir a la ventana con una olla y un cucharón.

No sabemos a estas alturas de la semana qué ocurrirá el domingo, desconocemos si habrá urnas, si abrirán los colegios, si actuarán los Mossos o si se producirán incidentes. Pero sí sabemos ya que la protesta previa no va a parar.

@JuanchoDumall

La rueda

ENRIC
Marín



El 9-N ya ha ganado

En el último mes, la crisis institucional sistémica española ha terminado de adquirir visibilidad. Ya no es posible ignorarla. En paralelo, una parte de las consecuencias sociales de la crisis económica ya son crónicas. Sobre este paisaje, el conflicto democrático entre el soberanismo catalán y el Estado continúa quemando etapas. El último movimiento del Gobierno central ha sido volver a usar el Tribunal Constitucional de muro de contención para detener la voluntad de afirmación democrática de una amplia mayoría social en Catalunya. Penoso, inútil y contraproducente. Ha sido un movimiento tan estúpido como previsible. Lo que invita a pensar que en el otro lado no hay vida inteligente perceptible.

Pero, evidentemente, esta no es una explicación plausible. Es más verosímil pensar que el registrador de la propiedad y la abogada del Estado son prisioneros de la larga secuencia de movi-

Tras la decisión del TC, el Estado ha perdido por muchos meses la iniciativa de esta partida

mientos anteriores que comenzó con el recurso contra el Estatut. Y creen que para no perder más apoyo electoral necesitan continuar mostrando firmeza ante el *òrdago catalán*. Y ganar tiempo. Solo se plantearían algún tipo de diálogo después de un acto de contrición de la política catalana. Cabe suponer que ya sospechan que esta forma de intentar ganar la batalla de la opinión pública en España puede significar perder la batalla de la opinión pública internacional y consolidar la desconexión mental y emocional catalana. Pero, como repite **Rajoy**, ni pueden, ni quieren.

Desde el martes de esta semana, el 9-N ya ha ganado. No tanto por el más que previsible éxito de convocatoria. Sobre todo, por la derrota simbólica del Gobierno central. El Estado ya ha perdido la iniciativa de esta partida de ajedrez por muchos meses. Y según cual sea el próximo movimiento del soberanismo, hasta el final de la partida. ≡

LOS JUEVES, ECONOMÍA

Reformas que empeoran las cosas

Cuando se plantean cambios hay que tener en cuenta sus efectos secundarios sobre la desigualdad

ANTÓN
Costas



¿Cuál debe ser el criterio para medir los resultados de una reforma económica que estén pensando llevar a cabo los gobiernos o que propongan los asesores de políticas y los grupos de interés empresariales, como las que acaban de sugerir los empresarios que forman el Consejo para la Competitividad?

En mi opinión, la vara de medir es la desigualdad. Si una reforma reduce la desigualdad social, es una buena reforma. Si la empeora, es mala. No hay vuelta de hoja. Si le dicen otra cosa, le están dando gato por liebre. Como ahora diré, esta vara de medir tiene sólidos fundamentos en el análisis económico.

Algunas de las reformas que se han llevado a cabo estos últimos años han provocado un aumento considerable de la desigualdad y de la pobreza. Según las estadísticas oficiales europeas, España es uno de los dos países de la Unión Europea donde más ha aumentado la desigualdad estos últimos cinco años. Algo se habrá hecho mal cuando los resultados son tan diferentes.

NO PUEDEN sorprender el malestar, la crisis social y la desafección con los partidos políticos tradicionales que estamos viendo. La gente es, en general, seria, trabajadora y abnegada. Comprende que hay que hacer esfuerzos para salir

de esta situación. Pero, enfrentada a un deterioro persistente de sus condiciones de vida y, lo que es peor, de sus expectativas de futuro, pide más solidaridad en el reparto de los costes de la crisis. Por eso, cuando oye hablar de nuevas reformas intuye -hay que reconocer que con alguna razón- que sus condiciones de vida y sus expectativas van a empeorar aún más.

Sin embargo, a nuestros gobiernos, y a muchos asesores de políticas, no parecen importarles, o no tienen en cuenta, estos efectos de las reformas sobre la desigualdad y la pérdida de oportunidades para los más débiles. Para mí, este comportamiento es intrigante.

¿Por qué los gobiernos imponen reformas que empeoran las cosas para una gran parte de la sociedad? ¿Acaso son perversos o están al servicio de intereses creados? No dudo de que algo de eso puede haber. Pero en la mayoría de los casos no es así. Actúan con buena intención. Lo que sucede es que son malos reformadores. Solo tienen en cuenta los efectos directos de las reformas sobre cosas como la competitividad, pero no toman en cuenta los efectos secundarios que esa reforma pueda tener sobre la desigualdad y, por tanto, sobre la eficiencia económica.

Sin embargo, la teoría económica señala que para medir los resulta-



LEONARD BEARD

El núcleo moral que legitima al capitalismo es el bienestar social y las oportunidades que genera

dos de las reformas económicas hay que utilizar el criterio del bienestar social. Si una reforma o una política mejora el bienestar de la sociedad en su conjunto, es un cambio positivo. Si lo empeora, no lo es. Eso es lo que enseñamos en las facultades de economía.

El problema es que muchos economistas y asesores de políticas son personas que en cuanto ven que en alguna actividad o sector de la economía existe un fallo del mercado o una distorsión política, inmediatamente recomiendan una reforma para corregir ese fallo. Creen que si es posible llevar a cabo esa reforma, los gobiernos deben hacerlo.

Sin embargo, por lo que acabo de decir, el análisis de la conveniencia o idoneidad de una reforma consta de dos pasos. El primero es comprobar si esa reforma mejora el funcionamiento y la competitividad de ese mercado concreto. El segundo paso es ver si esa ganancia de competitividad se reparte equitativamente entre los grupos sociales o si, por el contrario, mejora la posición de un grupo en perjuicio de otros más débiles. Por decirlo en términos matemáticos, hay que calcular no solo la primera derivada de las reformas económicas, sino también la segunda. Es decir, los efectos sobre el bienestar social y el equilibrio político que existe en la sociedad.

HAY QUE SER muy cuidadosos con los efectos políticos que tienen las reformas económicas que cambian la distribución de la renta en la sociedad provocando mayor desigualdad. En esos casos, políticas económicas bien intencionadas pueden alterar el equilibrio a favor de unos grupos frente a otros, con efectos perniciosos para la cohesión social y política, y a la postre para la eficiencia económica del sistema.

Los defensores de la economía de mercado deben recordar que el núcleo moral que legitima socialmente a la libre empresa, es decir, al capitalismo, no es la competitividad ni la eficiencia de los mercados. Es el bienestar social y las oportunidades que genera, especialmente para los que más las necesitan. Ha sido así desde **Adam Smith**. Y lo sigue siendo en la mejor tradición actual de la economía. ≡

Catedrático de Política Económica (UB).

